



591528

Tiempo Para Cuentos

Aunque lleva años dedicado a las letras —como poeta, novelista y crítico—, Fernando Quilodrán incursiona por primera vez en el cuento con una colección que reúne todos los relatos que ha escrito desde hace poco más de treinta años.

Por Antonio Muñoz B.

MUY tranquilo y satisfecho se siente Fernando Quilodrán, presidente de la Sociedad de Escritores de Chile (Soch), con *Un suicidio común* (Santiago, 2000), una colección de quince cuentos que acude de antecédentes, de los cuales el primero le da título: "La verdad es que tenía una deuda conmigo mismo. Yo estaba convencido, de una manera extremadamente vanidosa, de que valía la pena publicar periódicamente «Un suicidio común», porque es un cuento que he trabajado desde hace treinta años y que, por lo tanto, íntimo me ha perseguido desde hace mucho tiempo. Incluso, antes de escribir las novelas, tenía este cuento prácticamente listo".

Aunque se trata del séptimo libro de Quilodrán —en poesía ha publicado *Los materiales* (1972), *Había una vez un pueblo* (1980), *Poemas* (1987) y *De tiempos antiguos y Huérfanos* (1993)—, en narrativa, *Los organismos del tiempo* (1983) y *Vitales merced Peñoles* (1985) —en su embargo su primer trabajo en este género literario—"Yo diría que son todos los cuentos terminados que tengo. Nada más que un pequeño libro de apenas setenta páginas. De manera que esto es todo un abundante producción en el género", ironiza.

Con su característica tono calmado, agrega que la disposición de los relatos —escritos en distintas épocas de su vida— obedece a un criterio práctico más que cronológico. También tiene una excusa para el obvio favoritismo de su poesía: "Me gusta la concisión; es decir, no creo que se deba escribir de más. Trabajo mucho mis textos y, si bien es cierto que no lo hago en el sentido de que quedo magnífico, lo hago todo lo que en mi opinión no es indispensable a la economía del relato. Siempre recuerdo a Margarita Yourcenar, que encontraba magnífico hacer siete líneas".

Metodología que, reconoce, aplica al pie de la letra: "Soy muy impaciente del idioma en primer lugar. Luego todo mucho la forma, en el sentido de tratar de no poner realmente aquello que no considero indispensable. Alguien me dirá: "Este párrafo está de más". Perde que tenga razón. Y yo puedo decirle: "Sí, pero había diez párrafos de más. Por lo menos saqué ocho o nueve". Hay muchísimo trabajo de edición".

Otro rasgo que caracteriza su libro es el rechazo que lo inspira, al punto que Quilodrán confiesa que muchos podrían ser perfectamente crónicas, como acontece en «El niño de las espigas», «El tiempo y la anciana» o «En dos personajes»: "Son personajes que se han ido formando de la observación de la fauna que nos rodea y que, en alguna medida, tienen rasgos naturalmente de carne y hueso. Así son de reales (...) En todo caso, no escribo más crónicas. Yo hago aquí, en «El niño de las espigas», por ejemplo, una referencia muy clara a una noticia a orillas del Santa Lucía. Entonces, eso quiere decir que estoy entregando información como para que alguien piense que esto efectivamente ocurrió".

En cuanto a los temas, el también colaborador del diario «El Siglo» y de la revista «Humo



GUILLERMO RIVERA

A Pinochet —de inminente reaparición—, manifiesta: "Pienso que los hechos que ocurren a niveles globales influyen de manera mucho más fuerte a cada individuo, porque si sube el precio del petróleo, se va a producir inflación y eso va a repercutir en la vida concreta de mucha gente que pudiera ser personaje. Hoy, el ser humano es cada vez más vulnerable y esa vulnerabilidad también está en estrecha relación con su ignorancia. No hay nada mejor que vivir la historia con hechos. Por lo menos sabiendo en qué estado se encuentra uno de desarrollo de su propia persona, de su medio social, nacional, etcétera, y como miembro de la cultura humana, su variedad".

Sobre sus nuevos proyectos, Quilodrán anticipa que, en el segundo semestre de este año, publicará un poemario titulado tentativamente *Investigación del tiempo*: "Yo tengo una fijación con el tiempo. Mi primera novela se llama *Los organismos del tiempo*, porque yo siento fuerte a que tome una suerte de otra realidad, de complejidad. Pero yo no hablo solamente del tiempo de los relojes, sino que del tiempo como

una suerte de gran magia, creo que se podría decir. Ahora, ¿qué es el tiempo? Para mí eso no es problema. El gran problema es que no me lo va a resolver ni las ciencias ni la historia ni la filosofía, porque es un problema vivencial. Es una experiencia que es no traumática, pero que sí tiene algo de vértigo".

Además, Quilodrán trabaja en una novela, que publicará el próximo año, y en una nueva colección de cuentos, para la cual ya tiene reunido cierto material: "No me apuro. Francamente, yo me me voy en esta postura de "voy a escribir un libro de cuentos". No me escribo un libro de cuentos. Escribo cuentos. Cuando ellos son capaces de acomodarse con cierta coherencia para integrar un volumen, ahí está. Entonces, en estas cosas de la época de «preguntar en Santiago» (1997). No los incluí en esta colección porque no estaban concluidos. Y no quería terminarlos con aquel propósito".

Proclama que de alguna manera vivió en carne propia el pasado 1 de febrero, cuando celebró su cumpleaños número 63: "... ¿Cómo no me va a preocupar el tema del tiempo?", expresa.

Un Suicidio Común

UN solo cuento basta para celebrar este volumen de lectos apreciados, heterogéneos y dispares: El relato que da título al libro (*Un suicidio común*; Antonomásica, Santiago, 2000, 79 páginas) es uno de esos historias que se adhieren a la memoria por mucho tiempo, incluso para siempre. Y no sólo porque tenga ritmo, así bien escrito, su intriga sea novedosa y no le sobre ni media palabra, lo que ya es mérito suficiente. Hay algo en él que nos remite, cuestionando el sentido de nuestros actos y la delimitada estructura en la que repiten nuestras pláticas cotidianas. Con qué facilidad nos identificamos, como lectores, con una par que lee la carta en la que un hombre ya muerto expone sus intenciones para inventar un "accidentalísimo" capaz de medir la intensidad de la vida. Un momento absurdo, en principio, pero que se muestra perfectamente verosímil y, lo que es peor, insuperablemente real al cabo de un tiempo.

Quilodrán se desenvuelve con la soltura de un Arriola o de Góngol en el marino, demostrando, una vez más, que los puntos pueden escribir excelentes cuentos cuando se le propician (lo contrario, ya se sabe, es más bien una excepción). Qué magnífico literario es un suici-

dio común si sus demás textos hubieran seguido el mismo camino del primer relato. Lamentablemente, muchos se detienen hasta el episodio costumbrista, el cuadro de amor o la crítica de "interín humano", en los que la forma sucumbe frente a la intensidad de la emoción o la trama. Y no es que Quilodrán escriba mal, por cierto. Su problema es el contrario: tiene demasiada facilidad de palabra. Como los señores beltranes o los señores tritones latinos, se conoce de memoria todos los recursos del lenguaje y puede exponerlos en busca del efecto. Cuando quiere ser gracioso se le nota demasiado («Creemos en la») y le mismo sucede cuando pretende costumbrismo («Banción Bicherman», «El niño de las espigas», «El niño de Quilodrán», «El tiempo y la anciana», «Los sucesos están pocos»).

No es raro que el talento de Quilodrán reaparezca, solido, en un cuento como «El orador», que trasciende una saludable ironía.

PEDRO PABLO GUERRERO



Tiempo para cuentos [artículo] Antonio Muñoz B.

Libros y documentos

AUTORÍA

Muñoz B., Antonio

FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tiempo para cuentos [artículo] Antonio Muñoz B. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile